



El dulce vicio de escribir

Francesco Petrarca nacido en Arezzo, Toscana en el año de 1304, vivió una larga vida –setenta años– dedicada a las letras. Escribió en Latín y en Italiano. De hecho, se afirma que murió en su biblioteca, absorto en el estudio de un códice de Virgilio.

Sus principales obras: *çfrica*, Remedios y Cancionero, lo han ubicado, junto a Dante y Boccaccio en lo más alto de las letras en romance vulgar (lengua italiana). Petrarca, estuvo eternamente enamorado de su fiel e inseparable Laura, a quien conociera en la ciudad francesa de Avignon. De esa relación con la inspiradora de toda su obra poética quedan algunos testimonios en forma de breves cartas. Aquí reproducimos dos de ellas.



A LAURA

Quando por llamaros suspiro el nombre que Amor escribió en mi corazón, comienzo por una alabanza, que es pronunciar la dulce sílaba primera.

La segunda, evocando la idea de la realeza, me alienta a llevar adelante una tan noble empresa; pero, calla, di al fin el nombre, porque expresar su gloria constituye una tarea superior a mis fuerzas.

Así, vuestro nombre, aunque sea pronunciado por otros, enseña a reverenciar y alabar a vos, que sois digna de todas las adoraciones y de todas las alabanzas; pero precisa callarse, porque Apolo quizá esté celoso de que una lengua mortal sea tan presuntuosa que hable sin cesar de este árbol de verdes ramas, que le está consagrado.

Si debo resistir mis crueles tormentos y prolongar mi carrera tanto tiempo para ver apagarse la luz de vuestros ojos, señora; si veo que os despojáis del traje elegante; si veo arrugarse la hermosa frente que tímido me rendía, podría ser que entonces el amor me tornara audaz.

Hablaría quizá, y osaría deciros cuál fue el largo martirio de mi vida.

Pero si vuestras desdeñosas miradas y vuestros rigores me hacen descender a la tumba, que un tardío arrepentimiento consuele, al menos, mis cenizas.

